

Cuba: de la revolución al modelo totalitario

El monoólogo excluyente silenció las distintas corrientes políticas, los sindicatos, la prensa libre, la religión; silenció a los intelectuales, a los profesionales, a los disidentes, a los homosexuales, a los negros... La Voz, su monólogo inagotable, suplantaba la palabra de la nación.

La revolución, iniciada en el ataque al cuartel Moncada, terminó aplastada por el discurso monopolista de Castro. Sólo el rescate de la diversidad puede salvar a la nación.

UNA DE LAS MÁS NOTABLES PERVERSIONES QUE HA PRODUCIDO la reciente historia cubana ha sido de carácter semántico. Me refiero a la apropiación, uso y abuso de las

palabras; a la fragmentación esquemática del pensamiento, reducido a un maniqueo dispositivo de disyuntivas elementales; a la consagración de la falacia y el sofisma como formas habituales de conocimiento.

Reconozco como uno de los logros espectaculares del régimen cubano haber sometido de manera sistemática, en contra de la lógica de la historia y del significado mismo de las palabras, el término "revolución" como signo de autorrepresentación. El régimen ha prolongado así una elástica cobertura semántica que se apropia indebidamente del prestigio de un referente, para muchos "cargado de futuro", en permanente posibilidad utópica, prolongación indefinida de un presente continuo.

En Cuba, según algunos analistas, la Revolución habría culminado en 1961 con la proclamación del carácter socialista de la misma, después de haber desmontado el antiguo orden institucional y de haber desposeído a la vieja clase dirigente. Sin embargo, para esa fecha, todavía no se había diseñado las nuevas estructuras institucionales que habrían de sustituir a las antiguas.

Demostrando una capacidad extraordinaria para la corrupción del lenguaje y la ambigüedad calculada, el régimen cubano ha logrado mantener en el vocabulario internacional la fórmula sacralizada de "revolución cubana" durante, al menos, las tres últimas décadas en las que ya había perdido los rasgos

distintivos de lo que la ciencia política califica como tal.

Con la estrategia de ocultar el fin de la revolución, desde finales de los sesenta la dirigencia cubana ha querido enmascarar la instauración de un régimen totalitario y personalista. Ante la opinión pública internacional se procuraba sostener la corrupción semántica, pues a la revolución, un proceso de tránsito por definición, se le pueden tolerar y disimular excesos que bajo otra forma política no se admitiría.

Por otra parte, la sostenida fluencia de exiliados vinculados estrechamente a los órganos de poder político durante las últimas décadas, poco interesados en ser asociados como servidores de un régimen totalitario, insisten reiteradamente, y en beneficio de su propia imagen, en poner fin a la etapa revolucionaria en la fecha en la que ellos se desvinculan del régimen. Contribuyendo todo ello a una mistificación en la que se corrompe la lógica histórica y el régimen se ve beneficiado.

Se ha afirmado con razón que la Revolución cubana ha sido la primera revolución mediática del siglo. Nunca antes un movimiento social de esta naturaleza pudo disponer de tal cantidad de medios masivos de comunicación para su promoción, difusión e instalación definitiva en el poder.

Hace casi 40 años, con la aquiescencia prácticamente mayoritaria de la población producto del entusiasmo circunstancial y de las

frustraciones acumuladas, la Nación cedió su palabra a una Voz. Esa Voz anunciaba un futuro inmediato de felicidad y abundancia, de libertad y democracia. Implícitamente se trataba de una cesión provisional, hasta tanto la sociedad civil se reconstruyese. Sin embargo, de manera progresiva los atributos de la Patria, de la Nación, del Estado, de la Sociedad fueron expropiados, para ser absorbidos y confundidos con los de la Voz. El diálogo armonioso, la polémica razonada, la discrepancia con tolerancia fueron sustituidos por un prolongado monólogo con el que la Voz sepultaba la presencia del otro.

El monólogo excluyente silenció las distintas corrientes políticas, los sindicatos, la prensa libre, la religión: silencio a los intelectuales, a los profesionales, a los disidentes, a los homosexuales, a los negros... La Voz, su monólogo inagotable, suplantaba la palabra de la nación por estructuras ortopédicas que manaban de su infatigable retórica, cada vez más autoritaria, totalitaria. El discurso monocorde del poder, en suma, terminó por secuestrar la realidad multicultural cubana.

Goce de la diferencia

La recuperación de la nación exige de todos reaccionar al perverso discurso monopolista de la Voz. Se trata de oponer a la implantación de un modelo de sociedad unitario, unívoco y homogéneo el rescate del goce de la diferencia, del placer de la diversidad y de la fiesta de lo heterogéneo.

Sería necesario ofrecer a la polifonía del pensamiento cubano un territorio plural y libre; un territorio donde se pueda convivir en la diferencia, con tolerancia, rigor y respeto; un territorio que estimule la polémica; un territorio para re-idear la nación y reducir el tono de destino trascendente, de lo extraordinario histórico y de epicidad cotidiana con que la Voz ha pervertido el rumbo de la nación. Un territorio desde donde se prefigure, se perfile, el futuro destino democrático y sereno que añoramos.☺

Pio E. Serrano
Escritor y poeta cubano
radicado en Madrid